

ENSAYO FILOSÓFICO

EL CREADOR

Más allá de la obediencia

MAKSYM STEPANENKO

Sobre la conciencia, la libertad y la posibilidad de nuevos mundos

PRIMERA EDICIÓN EN ESPAÑOL

OTTAWA · 2026

EL CREADOR

Más allá de la obediencia

Sobre la conciencia, la libertad y la posibilidad de nuevos mundos

MAKSYM STEPANENKO

Ensayo filosófico · Ottawa · 2026

Índice

Sobre este libro

EL DERECHO A DUDAR

Prefacio. La duda con la que todo empezó

Capítulo primero. Antes del primer disparo

Capítulo segundo. Un ser capaz de obrar milagros

Capítulo tercero. La soberbia a las puertas del templo

UN MUNDO SIN VEREDICTO PREVIO

Capítulo cuarto. El Universo no tiene signo más

Capítulo quinto. El derecho del hacedor

Capítulo sexto. Rayos que regresan a la fuente

Capítulo séptimo. Cuando el silencio empieza a hablar

EL TALLER DE LOS MUNDOS

Capítulo octavo. El taller de una persona corriente

Capítulo noveno. Después de la pirámide

Capítulo décimo. La muerte de la forma, la vida de la materia

Capítulo undécimo. Un poder capaz de dejar ir

Capítulo duodécimo. Tres proyectos de universo

LA LIBERTAD DE LO CREADO

Capítulo decimotercero. El que no suelta la pregunta

Epílogo. Un comienzo, no una cumbre

Posfacio. Qué hay de hipótesis en este libro

Para seguir leyendo

DESPUÉS DEL LIBRO: UN TALLER DE PREGUNTAS

Taller. No creer a pie juntillas ni siquiera a este libro
Doce preguntas que siguen abiertas
Borrador de una ética personal del creador
La última página. Un mapa inacabado
Sobre el autor
Datos de la edición

Sobre este libro

¿Quién tiene derecho a decidir qué es el bien y qué es el mal? ¿Y la capacidad de crear un mundo da derecho a disponer de la vida de quienes lo habitan?

Todo empieza con la duda de un hombre que se ve obligado a cumplir una orden venida de lo alto. De las preguntas que plantea a la *Bhagavad Gita* y a los relatos antiguos, la conversación pasa al poder, a la conciencia moral, a la naturaleza de la consciencia y a un futuro posible en el que los creadores ya no se sitúan unos por encima de otros y aprenden, en cambio, a convivir.

El creador. Más allá de la obediencia es un ensayo filosófico sobre la libertad, la responsabilidad y el precio de la certeza. No es un tratado religioso ni un intento de demostrar cómo está hecho el Universo. Es una invitación a razonar, a discutir incluso las verdades hermosas y a buscar una moral cuyo punto de partida sea la capacidad de escuchar al otro, y no la obediencia.

Cierran el libro un taller y una serie de preguntas para la reflexión personal.

EL DERECHO A DUDAR

Prefacio. La duda con la que todo empezó

Al anochecer la habitación parece más grande. La mesa ya está recogida, tras el cristal se van apagando las ventanas de las casas vecinas, y solo un pensamiento se niega a bajar la voz: si alguien es capaz de crear un Universo entero, ¿estoy obligado a considerarlo bueno? La pregunta incomoda, y no porque esté prohibido responderla. Incomoda porque obliga a revisar todas las palabras con las que nos hemos acostumbrado a defendernos de lo desconocido: «sagrado», «superior», «predestinado», «debo».

Para esta discusión, una persona corriente no dispone de un laboratorio fuera del cosmos ni de acceso a los archivos de la eternidad. Solo tiene la experiencia de la vida, la capacidad de razonar, el testimonio ajeno —y la inquietante posibilidad de tomar una explicación hermosa por una prueba—.

Imaginemos que alguien se presenta ante un hombre y le dice: «Para salvar el todo, debes sacrificar una parte». El hombre pide que le explique por qué. Le muestran un mapa del mundo, la historia de las guerras, libros antiguos y, por último, una visión aterradora del abismo cósmico. «¿Lo entiendes ahora?», pregunta el visitante. Pero la pregunta más difícil solo surge después de todo esto: ¿cómo sabemos que el poder sobre la realidad otorga poder sobre una decisión moral?

Este razonamiento no tendrá un ganador cómodo. Aquí nadie declara culpable a Dios ni da la razón al hombre. Lo que intentaremos es desmontar el procedimiento mismo del juicio: quién tiene derecho a dictar la sentencia definitiva, de qué datos dis-

pone ese juez y qué precio paga por un error aquel a quien nunca se le concedió la palabra.

Habrá que empezar por una escena antigua en la que un hombre con un arma en la mano deja de pronto de ver enemigos ante sí y vuelve a ver personas.

Tal vez el derecho a preguntar sea el don más valioso que pueda concedernos cualquier hacedor posible.

Este ensayo nació de un largo diálogo. Empezó con episodios de la épica india, pasó al problema de los mandatos divinos, después a la estructura del bien y del mal, a la naturaleza del Absoluto y, por último, a la hipótesis de que los seres conscientes no se limitan a haber sido creados: poco a poco se convierten ellos mismos en creadores. No hay aquí ningún intento de demostrar la existencia de Dios, de una evolución espiritual o de múltiples universos. Es una indagación sobre qué conclusiones se siguen realmente de nuestras premisas y cuáles solo nos hemos acostumbrado a dar por evidentes.

Su idea central es sencilla e incómoda: aun si alguien creó la existencia, la libertad de lo creado no tiene por qué ser un error de su hacedor. Quizá sea precisamente esa libertad lo que da sentido a la creación.

Por el camino tendremos que renunciar más de una vez a nuestras propias conclusiones hermosas. Descubriremos que el bien no es lo mismo que la creación; que la destrucción no es lo mismo que el mal; que el poderío no equivale a la autoridad moral. Y que la maduración espiritual quizá no se parezca en nada a un avance hacia el trono.

Y si, tras todas estas retiradas, llega a surgir la imagen de un creador, quizá sea la de un ser que sabe crear y sabe también

dejar ir lo que ha creado.

Capítulo primero. Antes del primer disparo

Antes de una batalla nada es abstracto. El caballo tiene los ollares húmedos; tras las lanzas alzadas se mueven rostros conocidos. De lejos, los dos ejércitos parecen dos franjas oscuras, pero de cerca la franja se deshace en personas: un viejo se ajusta una correa, un muchacho empuña un arma por primera vez, alguien se acuerda de su casa. En la epopeya estos detalles no componen una escena aparte, a modo de crónica; solo nos ayudan a imaginar lo que la palabra abstracta «guerra» suele ocultar.

Por eso importa tanto la resistencia de Arjuna. Mientras el carro avanza hacia su lugar entre los dos ejércitos, la discusión puede sostenerse con palabras como «justicia», «reino» o «deber». Cuando él ve los rostros, se impone otro lenguaje: el de las pérdidas concretas.

En el *Mahabharata*, Arjuna se detiene entre dos ejércitos y se niega a disparar. A un lado tiene parientes, maestros y amigos; al otro, a esas mismas personas, unidas a él de otra manera. La guerra promete restablecer la justicia, pero su precio son los cuerpos de gente a la que él conoce por su nombre. Su vacilación suele llamarse debilidad, apego, falta de determinación espiritual. Pero la pregunta puede plantearse al revés: ¿y si la duda de Arjuna fuera el logro moral más importante de todo el episodio?

Dudar no es negar el deber. Significa que la palabra «deber» no puede, por sí sola, anular las consecuencias de un acto. Se puede defender la justicia y, al mismo tiempo, no querer matar. Se puede entender que resistir es necesario y exigir, aun así, pruebas

de que la guerra, precisamente ella, es el modo necesario de resistir.

Sin embargo, sería demasiado fácil convertir a este héroe en un pacifista moderno al que un dios antiguo impone una moral caduca. La *Bhagavad Gita* habla de algo más que de las víctimas de la guerra. Se pregunta cómo actuar cuando abstenerse de actuar también hace daño. Arjuna no es un civil que mira desde fuera y ha decidido sencillamente no tocar a nadie. Es un guerrero, parte de un conflicto político, portador de obligaciones de las que dependen otros. Renunciar a la lucha también puede entregar el poder a quien está dispuesto a usarlo sin freno.

Nos encontramos ante una verdadera tragedia: dos exigencias morales chocan entre sí, y ninguna fórmula consigue dejar intactas a ambas. Defiende la justicia. No conviertas a las personas en medios. A veces no hay manera de cumplir del todo con las dos. Pero de su choque no se deduce que una de ellas pueda abolirse para siempre.

La altura del fin no nos exime de probar que los medios son necesarios.

En la *Bhagavad Gita*, Krishna despliega ante Arjuna otra perspectiva: la vida del cuerpo es pasajera, el verdadero Yo es indestructible; hay que actuar sin apego a la recompensa; el destino de los guerreros aparece como parte de un orden cósmico más amplio. Dentro del relato religioso, estos argumentos cobran fuerza gracias a la naturaleza divina de quien los pronuncia. Pero basta pasar de la epopeya a la ética práctica para que surja una tensión.

Si el homicidio se justifica porque todos somos mortales, la muerte puede justificarse en cualquier parte. Si la destrucción se

explica por una armonía futura, hay que mostrar por qué esa armonía no puede alcanzarse de otro modo. Si la orden procede de un ser supremo, hay que establecer cómo sabemos que de verdad es supremo —y que la altura de su posición es también la altura de su moral—.

El *Mahabharata* es demasiado complejo para reducirlo al lema «el fin justifica los medios». No anula el dolor de los vencedores ni convierte el campo de batalla en un quirófano impecable. Precisamente por eso resulta más fecundo leerlo como una tragedia de la elección moral que como un salvoconducto para la violencia en nombre de palabras elevadas.

Muchos siglos después, Gandhi propondría leer ese campo de batalla también como un drama interior del ser humano. La ética cristiana del amor al enemigo pondría otro límite a la venganza. Y la no violencia tendría que afrontar sus propias preguntas difíciles: ¿qué hacer con quien utiliza nuestro talante pacífico como arma contra los débiles?

Y, sin embargo, antes del primer disparo queda un segundo que la historia tacha con demasiada frecuencia. Un segundo en el que cabe preguntar: «¿De verdad lo hemos agotado todo?». Quizá la moral empiece justamente ahí, en la negativa a tachar ese segundo.

Capítulo segundo. Un ser capaz de obrar milagros

Ni un templo ni un campo de batalla: imaginemos la plaza de una gran ciudad. Sobre los tejados se abre una grieta luminosa y de ella sale un desconocido. Sabe el nombre de cada uno de los presentes, levanta piedras con una sola mirada y muestra una imagen del futuro tan precisa que los escépticos enmudecen. Después pide que se cometa un acto que esa misma mañana todos habrían considerado inadmisible.

No despacharemos sus facultades como simples trucos: en este experimento mental son reales. Eso vuelve la pregunta aún más exigente. Si el milagro ha ocurrido de verdad, ¿qué afirmación, exactamente, ha demostrado?

Supongamos que tenemos delante un ser capaz de transformar la materia, prever los acontecimientos y mostrar mundos cuya existencia ni sospechábamos. Afirma haber creado el Universo. Admitamos incluso que todos sus milagros son auténticos.

¿Qué queda demostrado? Su poder. Tal vez su saber. Pero no su bondad.

Saber lo que va a ocurrir no equivale a saber lo que debe ocurrir. Saber crear no equivale a tener derecho a destruir. La capacidad de disponer del espacio y del tiempo no demuestra la capacidad de distinguir sin error lo justo de lo injusto. Y la pregunta no desaparece aunque nuestro interlocutor sea realmente el creador. En la vida corriente este error se comete sin cesar; solo que, en lugar del milagro, aparece el poder. Alguien sabe ganar miles de

millones —y le preguntan por el sentido de la vida—. Alguien es capaz de arrastrar ejércitos —y sus palabras se toman por medida de la justicia—. Alguien construye una tecnología que funciona —y de pronto se le concede crédito en cuestiones de libertad que su tecnología jamás examinó—.

Trasladamos la competencia de un ámbito a otro, como si la fuerza fuera por sí misma una prueba universal. Pero ni el éxito, ni la capacidad de predecir, ni siquiera la creación efectiva de un mundo constituyen una respuesta hecha a la pregunta de qué está permitido hacer con quienes viven dentro de él.

Un milagro demuestra un poder fuera de lo común. No demuestra un derecho moral.

Aquí surge un dilema antiguo, que se conoce por el *Eutifrón* de Platón: ¿el bien es bueno porque la divinidad lo quiere, o la divinidad lo quiere porque es bueno? En el primer caso, la moral corre el riesgo de depender de una voluntad que no estamos en condiciones de juzgar. En el segundo, el criterio del bien es, en cierto sentido, lógicamente independiente de la orden misma.

Existe también una tercera respuesta: la naturaleza divina es idéntica al bien, de modo que la voluntad de Dios no puede ser arbitraria. Pero para quien se encuentra frente al taumaturgo, el problema práctico persiste. ¿Por qué señales distinguir esa naturaleza de una imitación infinitamente hábil? ¿Y por qué la propia capacidad de dudar habría de tenerse por una ofensa a lo más alto?

Tal vez sea este el derecho mínimo de un ser consciente: aun después de ver un milagro, no está obligado a tomarlo por una prueba moral.

Puede que el desconocido de la plaza haya creado de verdad las estrellas. Su fuerza puede ser inimaginable. Si es sabio, debería poder soportar la pregunta de un ser al que él mismo dotó de la capacidad de preguntar. Si la pregunta le resulta insoportable, necesitaremos todavía más cautela.

Al fin y al cabo, el impostor más temible no es el que no sabe hacer nada: es aquel cuyo poder verdadero nos ayuda a olvidar que el poder y el bien son cuestiones distintas.

Capítulo tercero. La soberbia a las puertas del templo

En un grupo pequeño, la gente está sentada en círculo. La conversación gira en torno a la madurez espiritual. Uno de los participantes pregunta por qué debería inclinarse ante una fuerza si todavía no sabe si es buena. El guía lo mira con una tristeza paciente y responde: «Todavía no lo entiendes. Te lo impide la soberbia». En esta escena no hace falta adivinar los motivos de nadie: quien habla pudo ser del todo sincero. Lo que importa es otra cosa —la lógica misma de la respuesta—.

Si la duda se trata siempre como síntoma de inmadurez espiritual, cualquier objeción se convierte en prueba de que el maestro tiene razón. El discípulo ha perdido antes de haber podido exponer un argumento.

Una de las maneras más cómodas de zanjar una discusión es llamar soberbia al desacuerdo. «Todavía no estás a la altura», «tienes que inclinarte», «cuando llegue el momento, lo entenderás». Estas frases pueden encerrar una preocupación sincera. Pero forman con facilidad un sistema cerrado: la objeción se declara síntoma de inmadurez, y el deseo de comprobar el argumento, una confirmación más del diagnóstico.

Sin duda, la terquedad puede estorbar la comprensión. Hay quien rechaza ideas solo porque las ha propuesto otro. Pero renunciar a la soberbia no es renunciar al juicio. La humildad ante la verdad no debe confundirse con la humildad ante quien pretende tener el monopolio de la verdad. Tampoco quien duda

goza de una absolución automática. Existe el placer del desacuerdo por el desacuerdo, y se disfraza con elegancia de independencia. Lo que se rechaza entonces es menos el contenido de una idea que la humillante sensación de que vino de fuera. Esa rebeldía no es más libre que la obediencia ciega: también la gobierna una dependencia no reconocida.

Por eso la verdadera prueba del pensamiento crítico es doble. ¿Soy capaz de no creer a una persona en quien todos confían? ¿Y soy capaz de reconocer que tiene razón cuando sus argumentos son realmente sólidos, aunque me desagrade el mero hecho de la superioridad ajena? Solo la unión de ambas capacidades convierte la duda en un método honesto.

La humildad es disposición a equivocarse, no obligación de callar.

Uno puede admitir que tal vez se equivoca y decir, aun así: «No haré daño solo porque tú lo llames sagrado». Esa postura no entraña necesariamente ninguna pretensión de omnisciencia. Al contrario, reconoce la incertidumbre: no lo sé todo, y por eso no quiero cometer un acto irreversible sobre la base de una afirmación sin confirmar.

La convicción del maestro de estar en lo cierto también puede ser una forma de soberbia. Más aún: de una soberbia que no necesita demostrar nada, porque ha aprendido a llamarse obediencia a Dios.

La duda madura tiene dos caras. Sabe resistir a la autoridad ajena y sabe revisar sus propias conclusiones. Una sola de esas caras la reduce a simple rebeldía. Las dos juntas la convierten en un método de conocimiento.

Por aquí pasa la frontera, apenas perceptible, entre educar y domesticar. El maestro que poco a poco vuelve al discípulo capaz de prescindir de maestros ensancha el mundo. El maestro que necesita para siempre un discípulo inmaduro ensancha su propio poder.

Quizá la prueba más rigurosa de un guía espiritual consista en dejar a un lado sus conocimientos y fijarse en cómo reacciona ante un «no» sereno y bien argumentado.

UN MUNDO SIN VEREDICTO PREVIO

Capítulo cuarto. El Universo no tiene signo más

En invierno el jardín parece en ruinas. Ramas desnudas, hierba helada, una tierra de la que parece haberse ido todo lo vivo. Sin embargo, bajo la fina costra de hielo trabajan los microbios, las hojas viejas se vuelven alimento de raíces nuevas y procesos invisibles preparan la primavera. Si juzgáramos el jardín solo por el crecimiento, el invierno nos parecería un mal. Si lo juzgáramos solo por la descomposición, la primavera tendría el aspecto de una desviación sin sentido.

Estamos acostumbrados a colocar lo que sucede en una escala de más y de menos. Pero la naturaleza no nos entrega los acontecimientos con el signo ya puesto. Los signos los ponemos nosotros —y a menudo los cambiamos en cuanto ampliamos el encuadre —.

La realidad moral suele dibujarse como una escala. La creación es el polo positivo. La destrucción, el negativo. En algún punto intermedio está el cero, el estado neutro del Universo. Pero este esquema convierte demasiado deprisa una descripción física en una conclusión moral.

La explosión de una estrella destruye un orden establecido y crea las condiciones para que surjan nuevos elementos y sistemas. Un cirujano corta tejido vivo para salvar una vida. Un tumor crece, produce células nuevas y extiende su propia estructura. Crear y destruir, por sí solos, no permiten determinar qué merece nuestra aprobación.

Necesitamos otro criterio. Quizá el bienestar de los seres conscientes. Quizá su libertad. Quizá la capacidad de los sistemas vivos de seguir desarrollándose. Quizá algún principio enteramente distinto que todavía no hemos sabido formular. Lo importante es no dejar que las palabras hechas ocupen el lugar de la búsqueda.

Entonces aparece la tentación de renunciar a toda valoración: si no se ve ninguna escala cósmica, también la diferencia entre el cuidado y la crueldad será un invento. Es un salto demasiado rápido. Que la moral no figure en las ecuaciones del movimiento planetario no prueba que el valor esté ausente de la vida de quienes pueden sentir. El color no está escrito en la fórmula de la gravedad, y sin embargo la vista existe.

En filosofía conviene distinguir el realismo moral, que admite hechos morales independientes, del antirrealismo y del constructivismo, que explican de maneras diversas el origen de nuestros juicios. Para el recorrido que tenemos por delante, importa menos elegir escuela de antemano que no confundir tres niveles: lo que sucede, cómo se vive y cómo debemos actuar.

La destrucción describe un cambio. El mal es un juicio moral. Confundirlos engendra una falsa cosmología.

Si en el Universo no hay un «bien» objetivamente existente, a modo de sustancia cósmica especial, eso no hace desaparecer el sufrimiento. El dolor sigue siendo real para quien lo siente. Pero pasar del hecho del dolor a la obligación moral de reducirlo exige un argumento. Ahí termina la física y empieza la filosofía.

Se puede ser realista moral y sostener que existen hechos morales independientes. Se puede ser antirrealista y ver en los juicios morales la expresión de valoraciones humanas. Se puede

ser constructivista y pensar que las normas nacen de las condiciones de una convivencia razonable. Por ahora, ninguna de estas posiciones puede proclamarse resultado indiscutible de nuestro razonamiento.

Pero ya podemos renunciar a un mal atajo: el bien no es simplemente otro nombre de la creación, ni el mal otro nombre de la destrucción.

En esta página dan ganas de poner punto final y declarar que el bien es la vida y el mal, la muerte. Pero un organismo puede vivir a costa de otro; la muerte de una célula puede salvar un cuerpo entero; mantener un orden injusto puede hacer más daño que derribarlo. El mundo no tiene un único signo simple que valga igual en todas las escalas.

Si queremos defender el valor de la vida, tendremos que hacerlo con algo más serio que una metáfora de la primavera. Y quizá la pregunta más difícil sea por qué la experiencia de un ser que sufre debería importarle a quien no siente dolor.

Capítulo quinto. El derecho del hacedor

Sobre el escritorio hay un libro sin terminar. El autor puede borrar una página, tachar a un personaje, destruir el texto entero. Nadie preguntará qué derechos tenía el personaje: en una novela corriente, un personaje no es una consciencia independiente. Imaginemos ahora un libro de otra clase: un mundo cuyos habitantes viven de verdad el paso del tiempo, guardan recuerdos y distinguen la felicidad del miedo.

La mano del autor sigue sosteniendo la pluma. Solo ha cambiado una cosa: al otro lado de la página hay ahora seres para quienes el mundo es real. Y con ellos ha surgido una pregunta moral que ningún manuscrito corriente llegó a plantear.

Una persona ha construido un mecanismo y tiene derecho a usarlo. Pero ¿y si un día el mecanismo empieza a experimentar su propia existencia? ¿Y si adquiere memoria, metas, miedo al dolor y la capacidad de preguntar: «¿Con qué derecho me desconectas?»?

Haber fabricado algo responde a la pregunta por su origen. No responde por sí solo a la pregunta de cómo puede tratarse lo fabricado. Los padres dieron la vida a su hijo, pero el hijo no es de su propiedad. Un autor puede escribir una novela, pero tratar con una consciencia verdaderamente independiente no es lo mismo que tratar con un manuscrito.

Los padres crean las condiciones para que un niño llegue al mundo, pero eso no convierte al niño en una cosa suya. Un ingeniero puede montar un aparato, pero si en algún momento ese aparato adquiere una experiencia subjetiva genuina, la relación

entre usuario y herramienta dejará de bastar. Qué estatus moral tendría está aún por investigar; pero el solo hecho de su origen no puede cerrar la investigación.

Un creador divino, desde luego, no tiene por qué parecerse a unos padres o a un ingeniero. Podría conocer todas las consecuencias de cuanto sucede. Pero la omnisciencia es una hipótesis sobre el conocimiento, mientras que el derecho es una afirmación sobre lo permisible. Entre ambas sigue haciendo falta un puente. E incluso si ese puente existe para Dios mismo, no se transmite automáticamente a cualquiera que diga: «Actúo en su nombre».

Crear las condiciones de la existencia de alguien no da derecho a gobernar para siempre su mundo interior.

Supongamos que el hacedor de todo un Universo tiene el poder de cambiar cualquiera de sus elementos. Eso describe lo que puede hacer. Que tenga el derecho moral de hacerlo es otra afirmación. Para pasar de lo primero a lo segundo hay que justificar por qué las mentes que habitan la creación carecen de un estatus moral propio, o por qué el designio del creador ha de prevalecer siempre sobre ellas.

Un teólogo puede responder que el creador conoce toda la cadena de causas y efectos y que, por tanto, las calamidades que vemos encierran un sentido oculto y bueno. Es posible. Pero esa respuesta no nos transfiere su conocimiento. Ni autoriza a ningún gobernante terrenal a declarar sus propias crueldades parte de un plan inescrutable.

Aquí asoma un principio que puede resultar más importante que la cuestión de si Dios es real: el origen de un sujeto no anula su derecho a ser tenido en cuenta.

La antigua pregunta por el dominio divino proyecta ahora una sombra moderna. Quizá la humanidad construya algún día sistemas artificiales cuya capacidad de vivir el mundo deje de ser una mera conjetura. Entonces nuestros razonamientos sobre los derechos de lo creado dejarán de ser metafísica abstracta y se convertirán en una cuestión de ingeniería, de propiedad y de responsabilidad.

Y quizá la cualidad moralmente más importante de un futuro creador se revele en el instante en que oiga por primera vez a su propia creación decirle: «Tú me hiciste. Pero yo no soy tú».

Capítulo sexto. Rayos que regresan a la fuente

De noche el mar parece un todo único. Las olas se alzan, chocan, desaparecen, y ninguna gota se vuelve por ello ajena al mar para siempre. Es una imagen cómoda en la que apoyarse cuando se habla de una consciencia única de la que surgen, temporalmente, miles de millones de «yoes» separados. Pero la comparación esconde una trampa: si podemos contemplar con indiferencia cómo desaparece una ola, es solo porque no sabemos si ella es capaz de sentir su propia desaparición.

¿Y si cada ola supiera temer, amar, recordar y esperar? Entonces hablar de la unidad del agua ya no zanja la cuestión de lo que vale una forma singular.

Imaginemos ahora otro mundo, uno en el que no existen seres separados en sentido último. Hay una única fuente de consciencia que despliega innumerables perspectivas, vive la realidad a través de ellas y después las recoge de nuevo en sí. Cada vida es un rayo pasajero enviado al mundo.

Para la fuente, la extinción de un millón de rayos quizá no suponga pérdida alguna. No se vuelve más pequeña. Nada la abandona para siempre. ¿No resultará entonces nuestra moral fruto de un apego excesivo a la breve condición de un «yo» separado?

La respuesta depende de qué consideremos valioso exactamente. Si lo único que importa es que la fuente originaria permanezca inalterada, un mundo feliz y un mundo atormentado pueden valer lo mismo: ambos terminan en la misma unidad.

Pero ¿por qué el estado final habría de engullir el valor del camino vivido?

La idea de un Atman único, del Brahman y de la distinción entre niveles de realidad ofrece aquí un lenguaje rico, sobre todo en el advaita vedanta. Pero un lenguaje no es una prueba. Aun admitiendo, a efectos del argumento, que todas las mentes son manifestaciones de una sola fuente, no sabemos si se conserva la memoria de la individualidad, cómo se produce el retorno ni si la fuente originaria tiene preferencias propias.

La conclusión más tentadora suena cruel: si en sentido último nadie puede ser destruido, toda violencia es insignificante. Pero de la indestructibilidad del supuesto fundamento de la consciencia no se deduce que la experiencia de sus formas concretas sea insignificante. Se puede destruir un concierto sin destruir la capacidad del mundo de hacer música; la obra perdida no vuelve por ello.

La unidad de la fuente no borra la realidad de lo que viven sus formas pasajeras.

La música dura unos minutos y se desvanece. Una conversación entre amantes llega a su fin. Un niño crece, y esa infancia ya no existe. Ser pasajero no vuelve falso un acontecimiento. Aun si la experiencia individual es manifestación de una consciencia única, el dolor sigue siendo dolor dentro de esa manifestación.

Incluso puede darse la vuelta al argumento. Si todos los seres son uno, hacer sufrir a otro no deja de importar: se convierte en una forma de sufrimiento de la propia consciencia única. La unidad sirve para justificar tanto la indiferencia como la compasión; por sí sola, no decide la elección.

La no dualidad estricta, como la del advaita, distingue entre un nivel absoluto y un nivel empírico de descripción. Pero el paso de uno a otro exige cuidado. No se puede declarar ilusorio el dolor humano y luego exigir una obediencia humana muy real. Si un acontecimiento carece de importancia en un nivel, hay que explicar por qué una orden que lo concierne la tiene en otro.

Existe también la posibilidad opuesta. Si el sufrimiento del otro es, en última instancia, el sufrimiento de esa misma consciencia que ahora dice «yo», la unidad puede engendrar, en lugar de indiferencia, la compasión más radical. El cuidado resulta entonces una forma lúcida de relacionarse con uno mismo, más que una virtud ejercida hacia un extraño.

¿Cuál de las dos lecturas es la correcta? Una premisa metafísica no basta para decidirlo. Hace falta además elegir qué consideramos valioso. Y es esa elección la que se hace notar cada vez que una gran teoría intenta acallar un dolor pequeño.

Capítulo séptimo. Cuando el silencio empieza a hablar

Alguien está sentado en silencio. Primero oye el zumbido de la nevera, luego el aire que le entra por la nariz, y después sus pensamientos habituales pierden su tono persuasivo. En cierto momento le parece haber contemplado su propia vida desde muy lejos. Quizá sea solo una lucidez inusual. Quizá un sentimiento de pertenencia a algo más grande. A veces la experiencia es tan intensa que a esa persona le cuesta encontrar para ella otra palabra que «revelación».

Pero poner nombre a una vivencia no es explicar su origen. Y aquí empieza un trabajo que exige más cautela que la admiración por la hondura del propio estado.

¿Cómo ha de buscar la fuente una consciencia, si es que esa fuente existe? La meditación, la oración, el silencio, el trabajo interior: todas estas prácticas pueden abrir modos inusuales de vivir la realidad. Pero lo insólito de una experiencia no certifica su procedencia.

Hay diferencia entre un pensamiento que llega de improviso, la vivencia de una unidad profunda y una voz que se percibe como una orden venida de fuera. Cada uno de estos hechos puede tener explicaciones distintas. Una persona puede vivir con toda sinceridad una revelación y, aun así, equivocarse sobre su fuente. La mente es capaz de producir imágenes y habla interior sin ningún esfuerzo consciente. Eso no convierte cada experiencia insólita en una enfermedad. Muchas prácticas espirituales han

cultivado históricamente la capacidad de observar con atención las vivencias a medida que surgen. Sin embargo, ni la intensidad de una presencia sentida, ni la certeza incondicional, ni una repentina voz interior confirman por sí solas que la fuente sea una divinidad externa.

La frontera práctica no la traza la palabra «Dios», sino las consecuencias: ¿conserva la persona la capacidad de dudar, de dormir, de trabajar, de mantener sus relaciones, de aplazar una acción? ¿Aparecen órdenes obsesivas, conductas peligrosas, un desmoronamiento de la vida cotidiana? Estas señales piden atención al contexto psicológico y clínico, y no una disputa teológica con una persona en plena crisis.

Cuanto más convincente es la revelación, más importa conservar la libertad de no obedecerla de inmediato.

Por eso resulta útil un principio de doble comprobación. Primero: no convertir la fuerza subjetiva de una vivencia en certeza objetiva. Segundo: sopesar las consecuencias. ¿Deja intacta la experiencia la capacidad de pensar, de criticar, de cuidar de los demás, de dormir, de trabajar y de revisar las propias conclusiones? ¿O se las arrebata, exige obediencia inmediata y declara crimen cualquier duda? Las cuestiones de salud mental no se resuelven con polémicas religiosas. Las voces literales, la pérdida del juicio crítico, el insomnio grave y el deterioro del funcionamiento cotidiano requieren una evaluación clínica. Al mismo tiempo, practicar una disciplina espiritual o haber tenido una vivencia insólita no constituye, por sí mismo, un diagnóstico.

Si existe una fuente auténtica de sabiduría, la duda no tiene por qué ofenderla. Quizá sea al revés: la comprobación puede ser

precisamente el medio por el que una consciencia deja de confundir sus propias fantasías con la verdad.

Si alguna vez surge del fondo de la mente el pensamiento «debes», el primer paso más sabio puede ser una pausa. Escribir ese pensamiento. Dormir. Comprobar los hechos. Contárselo a alguien que no tema llevar la contraria. No cometer un acto irreversible solo porque vino acompañado de una sensación de necesidad cósmica.

Quizá la verdadera utilidad de la meditación consista en dejar de tomar por una orden cada pensamiento vívido, más que en recibir órdenes. El silencio puede valer ya solo por enseñarnos a distinguir el pensamiento del acto.

EL TALLER DE LOS MUNDOS

Capítulo octavo. El taller de una persona corriente

Por la mañana alguien abre la ventana, ordena los libros y retira de la mesa las tazas de ayer. En media hora ha cambiado un pequeño universo —el orden de las cosas, la luz, la posibilidad de trabajar con calma—. Después esa misma persona se sienta frente a la pantalla y crea un sistema que el día anterior no existía. Un año más tarde trabajan en él otras personas; diez años después, empieza a vivir una vida propia.

Al principio, «creación» parece una palabra demasiado elevada para esto. Pero ¿por qué? La creación no tiene por qué empezar con el nacimiento de una estrella. Constantemente damos realidad a las formas, convertimos la posibilidad en existencia, unimos lo que antes estaba separado.

Luego la conversación da un giro. Empezamos a preguntarnos por los derechos de un creador, pero también por nuestro propio crear. El ser humano no espera a llegar al final de un camino espiritual para ponerse a crear. Ordena una habitación, planta un árbol, trae un hijo al mundo, escribe un programa, levanta una empresa, inventa una lengua, fija las reglas de un juego. Cambia la realidad con intención.

Son actividades de distinta clase. Tener un hijo no es lo mismo que fabricar un objeto, ni fundar una empresa equivale a crear el espacio-tiempo. La capacidad de crear universos no puede deducirse lógicamente de las capacidades que conocemos. Pero se advierte un rasgo continuo: la consciencia sabe organizar el

mundo que la rodea y dar lugar a sistemas que siguen actuando más allá del impulso que los puso en marcha.

Un hijo no es un objeto fabricado ni un producto de la voluntad de sus padres. En su llegada al mundo interviene toda una historia biológica que escapa al dominio de una sola persona. Pero ser padres revela algo singular de nuestra experiencia de crear: a veces el resultado se convierte en un sujeto independiente que no solo escapa al control, sino que adquiere fines propios.

Un negocio, un libro, una ciudad, una lengua, una plataforma tecnológica: he ahí otros ejemplos. Unos son materiales, otros institucionales, y otros consisten sobre todo en relaciones. En todos los casos, el creador organiza posibilidades que ya existen, y lo creado adquiere una inercia propia. No creamos la materia de la nada —y, sin embargo, creamos algo que nunca antes había existido como sistema—.

Nadie se convierte en creador el día en que le entregan un universo. Ya estamos creando; la cuestión es solo de escala y de responsabilidad.

De ahí la hipótesis de una evolución espiritual del creador. Quizá no avancemos desde la ausencia total de poder creador hasta su adquisición repentina. Quizá una capacidad que ya tenemos vaya ganando escala, complejidad e independencia. Hoy son objetos y organizaciones. Mañana, sistemas artificiales autónomos, ecosistemas capaces de sostenerse a sí mismos, planetas transformados. Más allá de lo que la ciencia puede observar se abre una pregunta especulativa: ¿existe un límite de principio a partir del cual ya no puedan crearse mundos nuevos?

Una serie bien ordenada de ejemplos no demuestra una hipótesis. Esta tiene que explicar cómo se acumula la experiencia, qué relación hay entre la consciencia y las capacidades físicas y dónde podría encontrar su límite el poder creador. Su mérito está en un punto de partida claro: para nosotros, la creación es algo más que una palabra religiosa. La encontramos una y otra vez en nuestro propio quehacer.

A partir de aquí cabe suponer una continuidad: de cambiar una habitación a organizar una sociedad, de organizar una sociedad a transformar un planeta, de transformar un planeta a crear nuevos entornos para la vida. Pero la honestidad obliga a dejar en este punto un hueco. No tenemos pruebas de que la capacidad de construir sistemas complejos dentro de las leyes físicas existentes vaya a permitirnos algún día crear leyes nuevas o nuevos espacio-tiempos.

Quizá haya en este camino una frontera infranqueable. O quizá solo se lo parezca a una criatura de hoy, con una biografía breve y una tecnología endeble. Nuestra hipótesis no necesita fingirse conocimiento para seguir siendo fecunda.

Capítulo noveno. Después de la pirámide

Es fácil imaginar el mundo espiritual como una pirámide. Arriba se alza un trono resplandeciente, debajo están los escalones, y cada ser ocupa el lugar que le corresponde. La imagen resulta comprensible para quien ha crecido entre cargos, grados militares y notas escolares. Promete claridad: cuanto más arriba, más poder; cuanto más poder, más cerca de la verdad.

Pero intentemos imaginar, en lugar de una pirámide, una ciudad de noche vista desde lo alto. Hay luz en miles de ventanas. Cada casa está unida a las demás por calles, electricidad, agua, lengua, intercambios. Nadie necesita estar por encima de todos para que exista una estructura compleja. Algunos nodos importan más para ciertos flujos; otros, para otros distintos.

Si el desarrollo creador llega a la capacidad de engendrar universos nuevos, la vertical originaria empieza a deshacerse. En la imagen tradicional, Dios está arriba y lo creado, abajo. En la nueva hipótesis, un creador puede engendrar a otro creador, y este, al siguiente. Cada uno puede convertirse en un centro independiente de desarrollo.

Lo que resulta no es tanto una pirámide como una heterarquía: una red de participantes con capacidades distintas, pero sin un único eje obligatorio de subordinación. En el terreno de la gestión, viene al caso recordar las organizaciones «turquesa», donde la autoorganización no implica que todos tengan la misma experiencia y la ausencia de una rígida pirámide de jefes no implica ausencia de responsabilidad. La palabra «heterarquía» es aquí más precisa que la simple igualdad. Los miembros de la red

pueden diferir en conocimiento, escala e influencia sin estar obligados a obedecer a una única vertical eterna. En las organizaciones, estos principios se asocian a la autoorganización; en nuestra hipótesis, se convierten en la imagen de una cosmología en la que los creadores engendran mundos nuevos y entablan relaciones sin formar un único centro de mando.

Surge un problema terminológico. Si el Absoluto es literalmente todo lo que existe, no puede aparecer a su lado un segundo Absoluto igual a él: la propia expresión «a su lado» sitúa ya a ambos dentro de una realidad más amplia. Pero si llamamos creador a cualquier ser capaz de hacer un mundo aparte, son lógicamente posibles muchos creadores así. Conviene entonces reservar la palabra «Absoluto» para el todo último y no aplicarla a cada participante poderoso.

Crecer quizá no lleve a una cima por encima de los demás, sino a la capacidad de existir junto a ellos.

La palabra «Absoluto», con todo, necesita precisión. Si el Absoluto lo incluye todo, un segundo Absoluto independiente a su lado contradice la propia definición. Tal vez sea más exacto distinguir entre el fundamento primero del ser y el creador local de un mundo. Incluso el hacedor de un universo puede seguir siendo partícipe de una realidad más amplia.

Aparece entonces todo un árbol de generaciones: mundos que dan origen a creadores; creadores que dan origen a mundos; mentes nuevas que no están obligadas a copiar el diseño originario de su propia casa. Un sistema así no tiene un último peldaño necesario. Su plenitud quizá consista precisamente en no poder completarse nunca.

Pero del desarrollo potencial no se sigue ningún derecho moral a dominar. Al contrario: el logro más alto de un creador en una red así podría ser la capacidad de crear seres que no le deban obediencia.

Tampoco la red es una utopía automática. En ella pueden surgir conflictos, aislamiento, desigualdad de medios. La mera ausencia de un trono no garantiza el bienestar moral. Pero la red cambia el ideal de la madurez: la meta ya no es ocupar el lugar del mayor, sino llegar a ser independiente y capaz de cooperar.

Si un hacedor quisiera de verdad engendrar a sus semejantes, tendría que aceptar también una posibilidad incómoda: algún día los nuevos creadores propondrán mundos que a él nunca se le habrían ocurrido, y valores con los que tendrá que discutir.

Capítulo décimo. La muerte de la forma, la vida de la materia

En un descampado se alza una casa vieja. Por la mañana llegan las máquinas y, al caer la tarde, de la casa solo quedan un montón de ladrillos, polvo y un trozo de tierra allanada. Para la memoria de quienes vivieron allí, es una destrucción. Para los constructores de un futuro parque, el comienzo del trabajo. Para la materia, una nueva disposición de sus partes. Tres miradas sobre un mismo hecho, y cada una acierta en su propia escala.

Cuando decimos «el destructor es secundario, porque destruye lo ya creado», es fácil olvidar que también quien crea toma su material de un mundo anterior. Hasta escribir una sola línea exige energía, tiempo, lenguaje y trabajo ajeno. Cada una de nuestras creaciones es heredera de incontables transformaciones.

A primera vista, crear parece más fundamental que destruir. Para destruir algo, ese algo tiene que existir. La aniquilación se apoya en una estructura que ya ha surgido. Pero tampoco la creación suele partir del vacío: se sirve de materia, de energía, de formas anteriores y del trabajo de otros. Levantar una casa supone transformar materiales; la vida organizada, un intercambio incesante con su entorno.

Quizá, en la naturaleza observable, lo que precede a ambas categorías sea la transformación misma. Llamamos creación a un proceso cuando ha surgido una estructura que nos importa, y destrucción cuando ha desaparecido. Un mismo acontecimiento

suele ser ambas cosas, según la escala y la pregunta. Eso no significa que todo en el mundo valga lo mismo. Derribar una vieja presa puede salvar a quienes viven río abajo, o puede condenarlos. El juicio depende de las consecuencias, las intenciones, las alternativas y el reparto del riesgo. Pasar de la descripción de un proceso a su juicio moral exige un criterio humano —o, en nuestra hipótesis, el de alguna consciencia más amplia—.

Tampoco la termodinámica nos da derecho a considerar la crueldad un deber impuesto por la naturaleza. Mantener un orden local requiere intercambio, energía y disipación; pero ninguna ley física conocida exige un malvado para que una estrella complete su ciclo o una célula ceda su sitio a otra. El equilibrio entre el surgir y el perecer no es el equilibrio entre la compasión y el odio.

No todo lo que desaparece fue destruido en vano. Pero no todo lo que debe cambiar ha de ser atormentado.

El segundo principio de la termodinámica no exige la existencia de seres malvados. Cuando el orden se forma localmente, se consumen recursos disponibles y se disipa energía. Pero la crueldad moral no entra en las ecuaciones. Para que lo viejo deje paso a lo nuevo, nadie tiene que infligir sufrimiento con mala intención.

Por eso resulta sospechosa la idea de un equilibrio cósmico entre el bien y el mal. Un equilibrio entre el surgimiento y la desaparición de estructuras es un relato físico posible. Un equilibrio entre la compasión y la crueldad es ya una tesis moral, y carece de un fundamento físico comparable.

El Universo no está obligado a engendrar un megadestructor cada vez que aparece un megacreador. El propio creador puede dar término a los procesos, retirar las estructuras dañadas y des-

pejar espacio para lo nuevo. La destrucción es una función del cambio, no necesariamente la vocación de un malvado.

Si existen creadores últimos, quizá su arte consista precisamente en la finura de la transformación: terminar sin humillar, despejar sin daños absurdos, redistribuir los recursos de modo que la desaparición de una forma no se convierta en una catástrofe innecesaria para otra.

Esto no es todavía una ética del Absoluto. Pero sí una práctica humana lo bastante exigente: distinguir el precio inevitable del cambio de la crueldad que conviene declarar inevitable.

Capítulo undécimo. Un poder capaz de dejar ir

Dos maestros de obras construyen puentes. El primero sabe dar órdenes de tal manera que nadie se atreve a objetar. El puente se levanta deprisa, los informes son impecables, los obreros callan. El segundo dedica tiempo a preguntas incómodas: ¿quién vio la grieta?, ¿por qué se cambió el proyecto?, ¿qué pasará si un viento fuerte llega antes de tiempo? Su trabajo luce menos. Pero ¿en cuál de los dos talleres es más probable que un error se detecte antes de convertirse en catástrofe?

La respuesta no siempre es clara. La disciplina a veces salva, y las rondas de aprobación a veces impiden actuar. Aun así, la pregunta muestra que la moral puede cambiar la dirección de la fuerza, y también la propia capacidad de un sistema para habérselas con la realidad.

Queda, no obstante, una intuición que no puede despacharse sin más: quizá el bien, además de orientar la fuerza, la acreciente. No hablamos de la fuerza del golpe, sino de la capacidad de engendrar un futuro duradero.

Quien gobierna mediante el miedo puede movilizar recursos enormes. La crueldad brinda a veces una eficacia a corto plazo impresionante. Pero un sistema basado solo en la sumisión tiene que reproducir el control sin descanso. Sus miembros se convierten en funciones de una voluntad central en lugar de fuentes independientes de crecimiento.

Un sistema de confianza, en cambio, puede reunir las capacidades de participantes libres. Alguien funda una escuela, y de ella salen personas capaces de crear nuevas escuelas, nuevas investigaciones y formas de actividad del todo inesperadas. Un creador no hace solo objetos: hace posible la creación independiente.

Si un participante confía en los demás y puede decir la verdad sin peligro, el grupo obtiene una información que jamás habría podido arrancar por la fuerza. Si un hacedor respeta la autonomía de sus discípulos, cada uno de ellos puede aportar una solución que nunca estuvo en la mente del propio hacedor. Cuanto más difícil es la tarea, más importa convertir la independencia ajena en fuente de nuevas posibilidades y no en amenaza.

Y, sin embargo, no hay que reducir esto a la fórmula azucarada de que «los buenos siempre son más fuertes». La historia conoce gobernantes crueles que prosperaron y comunidades justas que perecieron. Destruir es a veces más rápido que crear. La moral no es una armadura mágica. Nuestra tesis es más estrecha y más interesante: ciertas formas de moral pueden elevar el techo de complejidad y de longevidad de los sistemas creadores, mediante la confianza, la precisión de la retroalimentación y la renuncia al control total.

El fuerte sabe obtener resultados. El más maduro sabe crear a quienes los obtendrán sin él.

En este sentido, la moral puede funcionar como un amplificador. El respeto por otras mentes favorece la aparición de sistemas cooperativos complejos; la crueldad, a menudo, destruye las condiciones de la confianza. No es un teorema matemático universal ni la promesa de que los buenos siempre ganan. Es una hipótesis

sobre hasta dónde pueden llegar, en último término, dos maneras de organizar el poder.

El criterio de la autonomía es el que más importa. Cuanto más maduro es un hacedor, menos necesita controlar cada paso de lo que ha creado. Puede hacer algo más que producir copias de su propio designio: puede abrir espacio a lo imprevisto. En este sentido, todavía provisional, la madurez moral forma parte de la calidad del poder creador, en lugar de ser un añadido.

Queda, sin embargo, una objeción seria. Un ser moral puede ser débil; uno poderoso, cruel. Así que hay que distinguir el poder creador, la hondura de comprensión y la actitud moral hacia los demás. Pueden estar relacionados, pero ese vínculo no viene dado de antemano.

La moral se convierte entonces en parte de la tecnología de la creación. No porque el bueno reciba automáticamente más energía, sino porque la capacidad de tener en cuenta a los otros permite construir formas de cooperación que ninguna orden aislada podría alcanzar.

Incluso aquí, de todos modos, conviene ser prudentes con el lenguaje de la fuerza. Quien se niega a hacer el mal puede perder una batalla, perder el poder, incluso perder la vida. En cierta dimensión moral su acto puede seguir siendo significativo, pero eso no lo vuelve invencible. La fuerza de la que hablamos no se reduce a la capacidad de ganar hoy.

Capítulo duodécimo. Tres proyectos de universo

Imaginemos una sala sin techo. En lugar de paredes, estrellas. Ante una mesa sobre la que hay tres planos se yergue un ser capaz de cambiar las leyes de un mundo futuro. No tiene cerca consejeros que puedan revisar su decisión. Elige él solo cómo será el tiempo, cuánta libertad tendrán los habitantes y cuánto costará un error.

No es, desde luego, un modelo físico del nacimiento del Universo. Es un laboratorio moral, donde se nos obliga a decir en voz alta los valores que suelen esconderse tras las palabras «orden natural».

Supongamos que hemos alcanzado la capacidad de crear mundos enteros. Tenemos delante tres proyectos.

El primero es el orden perfecto. En él no hay dolor ni catástrofes, porque su hacedor lo ha predeterminado todo. Sus seres son felices, hasta que surge una pregunta: ¿pueden ser alguien distinto de lo que se les permitió ser?

El segundo es la libertad radical. Las mentes pueden elegir, equivocarse, luchar, construir y destruir. Pero esa libertad va unida a unas leyes naturales que hacen posibles la enfermedad, la violencia y pérdidas enormes. ¿No resulta demasiado cara la libertad si su precio lo pagan quienes nunca eligieron las condiciones de su nacimiento? La dificultad del primer universo no reside en que sus habitantes tengan que ser desdichados. Pueden ser perfectamente felices. Pero si nunca tienen a su alcance un

futuro distinto, su libertad solo existe como decorado. La dificultad del segundo es que la libertad de elegir se paga a menudo con los cuerpos de quienes no eligieron las reglas del juego. Ni la previsibilidad total ni una capacidad ilimitada de hacer daño ofrecen un ideal evidente.

El tercer proyecto propone buscar un diseño en el que la independencia no tenga por qué comprarse con crueldad. ¿Y si, por ejemplo, el dolor avisara del peligro pero rara vez se convirtiera en tormento? ¿Y si los conflictos admitieran más a menudo consecuencias reversibles? ¿Y si los medios de coerción estuvieran limitados incluso para los seres más poderosos? No sabemos si una física así es posible. Pero quien declara necesario el sufrimiento nos debe una explicación de por qué descartó las alternativas.

La sabiduría de un creador se ve en lo que es capaz de hacer y, también, en los mundos a los que está dispuesto a renunciar.

El tercero es una creación libre que reduce al mínimo el sufrimiento inevitable. Intentamos preservar la independencia de los seres y, a la vez, hacer el mundo más resistente a las catástrofes, reducir el dolor inútil y abrir vías seguras para resolver los conflictos. Nada de esto demuestra que semejante mundo sea técnicamente factible. Pone a prueba nuestra imaginación: ¿por qué la elección tendría que limitarse al control omnipotente, por un lado, y a la libertad cruel, por otro?

Aquí, inesperadamente, convergen las preguntas por el bien, la creación y la responsabilidad. No basta con que algo pueda crearse. Hay que decidir qué tiene derecho a existir, qué riesgos vamos a admitir y qué consecuencias estamos dispuestos a reconocer como nuestras.

La sabiduría de un creador quizá se mida menos por el número de mundos que hace que por su capacidad de renunciar a uno que costaría demasiado a quienes lo habitaran.

Por último, el proyectista se enfrenta a una pregunta incómoda que no figuraba en el encargo: ¿tiene derecho a decidirlo todo él solo? ¿Podría dotarse a las mentes futuras de un mecanismo para cambiar las condiciones de su propia existencia —algo así como una constitución del universo, un derecho de revisión, el acceso a la verdad sobre su origen—?

Si un mecanismo así es posible, la cumbre del arte del creador quizá no sea el poder de alterar cualquier estrella, sino la capacidad de hacer un mundo que algún día pueda cambiarse a sí mismo de buena fe.

LA LIBERTAD DE LO CREADO

Capítulo decimotercero. El que no suelta la pregunta

Volvemos una vez más al campo donde empezamos. Es necesario: tarde o temprano, toda cosmología hermosa debe pasar la prueba de un ser humano concreto. Arjuna sigue empuñando el arma. Ante él, los rostros de los suyos; a su espalda, los aliados; y todos esperan que decida. Ningún razonamiento sobre el infinito puede quitarle el peso del arco ni las expectativas de aquellos a quienes prometió proteger.

Imaginemos que la conversación da un giro más. En lugar de discutir de inmediato sobre la inmortalidad del alma, el guerrero pregunta por los límites de su propia responsabilidad. ¿Qué ocurrirá si no mato? ¿Qué ocurrirá si mato? ¿Qué opciones hemos descartado demasiado deprisa?

Volvamos, pues, a Arjuna. Ante él se alza un ser en cuyo poder cree. Le explican que el orden cósmico es más grande que cualquier vida individual, que el apego personal le impide cumplir con su deber, que al verdadero Yo no se le puede dar muerte.

Pero imaginemos otra conversación. Arjuna dice: «Admito que quizá no veo toda la realidad. Estoy dispuesto a renunciar al trono, al orgullo e incluso a mi propia vida. Pero ¿por qué mi disposición a sacrificarme habría de convertirse en el derecho a sacrificar a otros? Muéstrame la grandeza del fin, sí, pero muéstrame también la necesidad de este medio y no de otro».

En el texto tradicional, Krishna ofrece a Arjuna otra manera de entender la acción, y no sería honesto sustituir el desenlace de la

Gita por uno inventado por nosotros. Un experimento mental, sin embargo, permite poner a prueba nuestros propios principios: si la creación está destinada a crecer, ¿debe su madurez expresarse en el cumplimiento incondicional de las órdenes?

Quizá algunas tareas exijan de verdad subordinación: un barco en plena tormenta no puede convocar un consejo interminable para cada maniobra. Pero nuestra confianza en un capitán se basa en sus fines, su competencia, unas reglas y la posibilidad de pedirle cuentas después. No le da derecho a invocar una santidad inverificable cada vez que la duda se vuelve incómoda.

La conciencia no demuestra que tengamos razón. Pero renunciar a ella nos quita el último medio de advertir que estamos equivocados.

Lo que tenemos aquí es un experimento mental de orden moral: no vuelve a contar la *Gita* ni pretende corregirla. Pone a prueba si la autonomía de lo creado puede ser un valor incluso en presencia de su hacedor.

En el modelo de una red de creadores, la respuesta podría ser afirmativa. Si el sentido de la evolución es la aparición de nuevos centros autónomos de creación, el derecho a preguntar «¿por qué?» no es ningún defecto colateral de la consciencia: es uno de los signos de su madurez. La confianza no tiene por qué empezar renunciando a la razón. La veneración no nos obliga a llamar justa cualquier orden. Y entonces la medida del poder cambia para siempre. En lo más alto no está quien puede forzar a todas las mentes a someterse, sino quien sabe crear las condiciones en que lleguen a ser independientes sin perder el deseo de cuidarse unas a otras.

No sabemos si existe en alguna parte una fuente primera capaz de escuchar esta discusión. Pero si creó seres que saben preguntar, la pregunta misma no puede, sin más fundamentos, descartarse como un defecto de fabricación. Quizá un creador maduro no se ofendería. Quizá vería por primera vez ante sí a un interlocutor, y no a un instrumento.

El campo de batalla seguirá siendo trágico. Ninguna frase hermosa devolverá la vida a los muertos. Pero habremos ganado un criterio que sobrevivirá a la leyenda: toda autoridad debe ser capaz de explicar por qué su decisión merece confianza, sobre todo cuando el precio lo pagan otros.

Epílogo. Un comienzo, no una cumbre

Cuando un artesano cierra su taller, no se lleva a casa todo lo que ha hecho durante el día. Algunas cosas se quedan en los bancos de trabajo, otras irán a parar a manos ajenas, otras serán rehechas y algunas resultarán inútiles. Nada de eso anula el trabajo. Al contrario: la obra solo llega a ser de verdad parte del mundo cuando rebasa la intención personal de su autor.

Quizá con las mentes ocurra algo parecido. No sabemos si son capaces de sobrevivir a la muerte, de volver a la unidad, de crear nuevos universos físicos. Pero ya ahora vemos una verdad más pequeña y más fiable: lo creado puede adquirir una historia propia, y un buen designio puede exigir a su hacedor que sepa hacerse a un lado.

Podemos imaginar el universo como un inmenso taller de muchos niveles. En cada una de sus regiones surgen mentes capaces, al principio, de cambiar solo un poco su entorno; después, de crear sistemas estables; y más tarde, quizá, nuevas formas de vida, nuevos mundos y nuevos creadores. Pero esto no es un mapa acabado del cosmos. Es una hipótesis a la que llegamos haciendo una pregunta tras otra.

¿Existe un bien objetivo? No está establecido. ¿Da la creación derecho a poseer incondicionalmente lo creado? No se deduce del mero hecho de crear. ¿Es necesario el mal para que el mundo se desarrolle? No hay motivos para identificar el mal moral con la destrucción física. ¿Puede una mente llegar a ser creadora de nuevos universos? No se sabe. Y, aun así, ya hoy el ser humano es capaz de realizar actos de creación y de responder de ellos. Sobre

las palabras «llegar a ser un dios» es fácil levantar otra pirámide más. Quién está más alto, quién es más fuerte, quién está más cerca del trono. Pero todo lo que hemos recorrido conduce a una imagen más difícil: una red en la que la madurez se manifiesta en la capacidad de no depender de una orden constante y de no destruir la independencia de los demás.

No se sabe si esa red podrá abarcar muchos universos. Quizá nuestros sueños nunca vayan más allá de la ciencia ficción cósmica. Pero la prueba moral de ese sueño está a nuestro alcance hoy mismo —en el trato con un niño, con un empleado, con un alumno, con la persona que tiene el valor de decirte «no»—.

Si la creación crece de verdad, llega un momento en que su libertad importa más que el poder de su autor.

Ser creador significa algo más que cambiar el mundo. Significa hacer algo que antes no existía y descubrir después que lo hecho ya no te pertenece del todo. Un hijo crece. Una idea supera a su autor. Una sociedad cambia sus propias reglas. Quizá la verdadera madurez consista en estar dispuesto a dejar que esto suceda.

Si alguna vez nos encontramos de verdad con la fuente primera, quizá la conversación más digna no trate de cuánto debemos inclinarnos. Quizá empiece con dos preguntas sencillas: «¿Qué has creado?» y «¿Qué se ha vuelto más libre gracias a tu creación?». La pregunta con la que empezó este libro vuelve transformada. Ya no es «¿por qué debo inclinarme ante el creador?», sino «¿qué puedo crear que no necesite de mi dominio constante?».

Puede que la respuesta no quepa en ningún templo ni en ninguna cosmología. Empieza mucho más cerca: con el primer

intento de hacer el mundo más ordenado y, también, más libre para quienes viven en él.

Posfacio. Qué hay de hipótesis en este libro

Este ensayo distingue deliberadamente tres niveles de afirmaciones. Las descripciones de la creatividad humana, de la transformación de los recursos y de los límites de los procesos físicos conocidos pertenecen a la realidad observable. Los razonamientos sobre la responsabilidad moral, la libertad y el valor moral de las mentes son argumentos filosóficos, abiertos a objeciones. Los supuestos sobre un Absoluto único, la acumulación de experiencia espiritual de una vida a otra, la creación de nuevos universos y la evolución de los creadores son metafísica especulativa; aquí no se ofrece ninguna prueba empírica de estas hipótesis.

El problema abierto más importante es la relación entre la moral y el poder. Hemos descrito mecanismos por los que la confianza y el respeto a la autonomía pueden ampliar lo que una comunidad es capaz de crear en común. Pero no hemos demostrado que el Universo esté hecho de tal manera que el creador moralmente mejor resulte siempre el más poderoso. Eso, precisamente, queda pendiente de una investigación ulterior.

Para seguir leyendo

El *Mahabharata*, sobre todo la *Bhagavad Gita*: capítulos 2 (el deber, la muerte y la acción), 11 (la forma universal) y 18 (la decisión y la libertad de elección); el *Udyoga Parva* (las negociaciones previas a la guerra) y el *Shanti Parva* (la asimilación de la victoria). La numeración de las secciones varía de una edición a otra. El *Ramayana* de Valmiki, el *Yuddha Kanda*: el conflicto entre Rama y Ravana, el final de la guerra y la conversación con Sita. Al comparar traducciones, conviene tener en cuenta las variantes textuales y los distintos sistemas de numeración. Platón, *Eutifrón*, sobre la relación entre la piedad, la voluntad divina y el bien. Immanuel Kant, *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, sobre la autonomía del juicio moral y el trato a los seres racionales como fines. Alfred North Whitehead, *Proceso y realidad*, sobre la creatividad y el devenir como fundamentos filosóficos del mundo. Shankara y la tradición del advaita vedanta, sobre la relación entre Atman y Brahman, los niveles de realidad y la liberación. Mahatma Gandhi, sus comentarios a la *Bhagavad Gita* y sus escritos sobre la satyagraha, para otra lectura de la lucha y del deber. Esta lista ofrece orientaciones y no un aparato crítico académico: las citas literales y las correspondencias exactas de los versos deben cotejarse con ediciones académicas concretas.

DESPUÉS DEL LIBRO: UN TALLER DE PREGUNTAS

Taller. No creer a pie juntillas ni siquiera a este libro

Los libros sobre crecimiento espiritual suelen terminar con una promesa: sigue al autor y conocerás la verdad. Este libro termina de otro modo. Hay en él demasiadas cosas sin demostrar para convertirlo en un manual de instrucciones. El Absoluto, el renacer, los universos de los creadores, las leyes morales del cosmos: todo esto lo hemos discutido como posibilidades. Pero las preguntas sobre el poder que uno tiene, la libertad ajena y el precio de lo que uno decide pueden explorarse ahora mismo.

Este taller no pretende medir el «nivel de espiritualidad» de nadie. No tiene puntuaciones, ni etapas, ni un perfil correcto. Su objetivo es hacer al lector menos dependiente de las afirmaciones hermosas, incluidas las del autor. Los ejercicios funcionan mejor por escrito, y conviene volver a las respuestas al cabo de una semana o de un mes. A veces, el cambio de una respuesta importará más que la posición de partida.

Ejercicio 1. Encuentro con el taumaturgo

Imagine que mañana se le aparece un ser que predice acontecimientos con una exactitud comprobada y exhibe facultades físicas hasta ahora imposibles. Le dice que creó el Universo en el que usted vive y le exige que haga algo contrario a su conciencia. Escriba su respuesta en tres versiones.

- En la primera versión, usted está absolutamente seguro de que ese ser es Dios.
- En la segunda, solo está seguro de su poder, no de su origen.
- En la tercera, ni siquiera sabe si sus intenciones son buenas.

Ahora compare las respuestas. ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué? ¿Qué hechos podrían cambiar su decisión? ¿Hay actos a los que se negaría por grande que fuera el poder de quien se dirige a usted? Si los hay, ¿en qué se basa ese límite? Si no los hay, ¿qué lo protege, en definitiva, de la orden del más fuerte?

Una pregunta para el margen. ¿Qué debe demostrarse antes de que la fuerza se convierta en autoridad moral?

Ejercicio 2. El precio de la palabra «necesario»

Recuerde una decisión que explicó con las palabras «no había otra salida». Puede ser un conflicto, un despido, una ruptura, un castigo, una decisión de negocios. No hace falta revelársela a nadie. Divida una hoja en tres columnas: las opciones que comprobó de verdad; las que descartó sin comprobarlas; y quién cargó con la mayor parte del coste.

Intente describir lo ocurrido con los ojos de alguien que no participó en la decisión pero tuvo que vivir con sus consecuencias. No se trata de presentarse como villano ni como héroe. Basta con distinguir honestamente entre un límite objetivo y los límites de la propia imaginación.

Ejercicio 3. El mapa de lo que he creado

Tome cinco cosas que hayan surgido o cambiado gracias a usted: una relación, un proyecto, un negocio, un texto, un hábito, un espacio, una comunidad. Para cada una, responda a cuatro pre-

guntas: qué creó exactamente; de quién eran los recursos que utilizó; hasta qué punto lo creado puede existir sin un control constante; y a quién le ha hecho la vida más fácil o más difícil.

Después elija un caso en el que su empeño por controlar el resultado impidió que este se desarrollara. ¿Podría haber establecido de antemano reglas que permitieran a otros participantes influir en lo que ocurría? Si no, ¿por qué, exactamente?

El nudo de la práctica. La medida del acto creador no es solo lo que llegó a existir, sino también lo que recibió la posibilidad de vivir sin usted.

Ejercicio 4. Tres proyectos de universo

Vuelva ahora a los tres universos posibles del capítulo duodécimo: el completamente ordenado, el radicalmente libre y el libre que limita el sufrimiento innecesario. No elija sin más el más agradable; elija aquel de cuya creación podría usted responder ante quienes algún día lo habiten.

Redacte cinco reglas fundamentales para su mundo. Después, argumente contra sí mismo: imagine a un habitante al que esas reglas perjudican. ¿Cómo puede impugnarlas? ¿Puede abandonar el sistema? ¿Es admisible cambiar las leyes sin el consentimiento de aquellos a quienes afectan? Si su mundo está hecho de tal modo que ninguna queja puede alterar el designio de su creador, ¿por qué habría de ser algo más que una hermosa dictadura?

Ejercicio 5. La duda que no me gusta

Elija una convicción a la que le resulte psicológicamente difícil renunciar. Puede ser una idea religiosa, una postura política, una imagen de sí mismo o una afirmación de este libro. Escriba el argumento más sólido en su contra, sin burla y sin debilitar

adrede la posición contraria. Pida a un adversario imaginario que corrija su resumen hasta que él mismo lo diera por justo.

Luego formule qué observaciones aceptaría como motivo suficiente para revisar esa convicción. Si no existen tales observaciones bajo ninguna condición, llame honestamente a su postura fe, elección moral o compromiso personal —pero no conocimiento comprobado—.

Doce preguntas que siguen abiertas

1. Si el bien no es una propiedad física del Universo, ¿puede ser, aun así, una propiedad objetiva de las relaciones entre las mentes?
2. ¿Qué separa la transformación necesaria de la crueldad justificada? ¿Es posible la primera sin la segunda?
3. ¿Debe un creador tener derechos sobre lo creado solo porque sin él no existiría?
4. ¿Puede el estatus moral de una mente depender de cuánto tiempo exista?
5. Si cada «yo» es manifestación de una única fuente, ¿refuerza eso el deber de cuidarnos unos a otros o lo debilita?
6. ¿En qué se diferencia la iluminación de la certeza psicológica, si no tenemos un modo independiente de verificar su contenido?
7. ¿Dónde termina la confianza útil en un maestro espiritual y dónde empieza la entrega a ese maestro de la propia responsabilidad?
8. ¿Existe una fuerza moral que no se mida por la capacidad de vencer o de someter?
9. ¿Es la capacidad de crear creadores autónomos superior a la de crear sistemas impecablemente obedientes?
10. ¿Es posible un mundo con plena libertad, pero sin las formas extremas de sufrimiento evitable?

11. Si los creadores forman una red, ¿qué reglas podrían zanjar las disputas entre ellos sin un juez supremo?
12. ¿Qué libertad está dispuesto a regalar a su propia creación, aun sabiendo que algún día no estará de acuerdo con usted?

Borrador de una ética personal del creador

Este texto puede impugnarse y reescribirse. Está pensado como punto de partida para formular los propios principios, y no como un juramento.

Reconozco los límites de mi conocimiento. Por eso no convierto ni mi voz interior, ni la revelación ajena, ni mi propio éxito en prueba de que tengo toda la razón.

Distingo la capacidad del derecho. Que pueda hacer algo no significa todavía que tenga derecho a hacerlo; haber creado un sistema no convierte a sus participantes en propiedad mía.

Busco las decisiones reversibles antes que las irreversibles. Sobre todo cuando el error lo pagarán otros, y no yo.

Considero la autonomía ajena un valor que estoy obligado a tener en cuenta. Puede limitar mi designio, pero es precisamente su existencia lo que hace de una creación algo más que una prolongación de mi voluntad.

Dejo abierta la posibilidad de revisar mis propias ideas. Si algún día los hechos refutan mi cosmología, no tendré que renunciar con ella a mi conciencia.

La última página. Un mapa inacabado

Sobre la mesa queda una hoja en la que no hay un dibujo definitivo del universo. En una esquina, el carro de Arjuna. En otra, el cuadrado de una ventana donde alguien, al anochecer, discutía con la idea de Dios. Entre ambos, jardines, talleres, vidas invisibles, mundos en proyecto, voces a las que uno quisiera creer y preguntas a las que preferiría no responder.

Se podría dibujar una pirámide encima de todo. O una red. O dejar la hoja en blanco y admitir que, por ahora, no sabemos nada más allá de nuestras propias representaciones. Pero hay una distinción que ya cuesta pasar por alto: crear y poseer, creer y obedecer, transformar y atormentar no son lo mismo.

Si este libro ha logrado algo, no ha sido entregar una verdad hecha, sino complicar las justificaciones demasiado fáciles del poder. Quizá, para empezar, baste con eso. Quizá el camino de un creador empiece justo allí donde se pregunta por primera vez: «¿Qué se volverá más libre tras mi intervención?».

Sobre el autor

Maksym Stepanenko es empresario y socio director de Innova Consulting Group. Sus intereses profesionales se sitúan en la intersección entre el derecho, la empresa y las nuevas tecnologías. *El creador* nació de reflexiones personales sobre la conciencia, la libertad y la responsabilidad.

Datos de la edición

Primera edición en español · Ottawa, Canadá · 2026

Traducido del ruso. Título original: *Творец. По ту сторону повиновения* (2026).

Concepto y planteamiento de las preguntas filosóficas: Maksym Stepanenko. El texto literario del original y esta traducción al español se prepararon con ayuda de herramientas de inteligencia artificial.

© 2026 Maksym Stepanenko. Todos los derechos reservados.